

El
CEMENTERIO

de los
REFLEJOS

SILVIA IBÁÑEZ CAMBRA

A mi familia, en especial a mis padres y abuelos.

A Inma y Raquel.

A Luis.

Y en especial, a Manolo Estévez, por ser un gran apoyo desde que lo conocí, y por todos los ánimos que me ha dado durante todos estos meses.

PRIMERA PARTE

Cementerios

LA HISTORIA QUE ME ESCOGIÓ A MÍ PARA SER VIVIDA, tal vez no sea la mejor, pero es la mía, y la que me llevó al laberinto al que estaba destinado, sin ni siquiera saberlo. Sin ella, nunca hubiese sido escritor, sin ella, yo no sería quién soy, empezando por algo tan simple como mi nombre, y acabando por algo tan complicado, como las personas que nos rodean y nos ayudan a crecer y a ser quién somos, y, de esta forma, su historia, forma parte de la tuya, en este mundo, en el que estoy convencido, nada pasa porque sí. Pero detrás de las historias que encuentran a su dueño, están las historias que vagan sin encontrarlo nunca, y que acaban viviendo en la absurda y perpleja mente de un escritor solitario, encontrando un lugar perfecto, mientras esperan revoloteando, a que el escritor, las encuentre y las escriba en un pedazo de papel. Tal vez, sean estas las auténticas historias, la que sobreviven siempre y por siempre al paso del tiempo, la que son vividas plenamente, no sólo por una persona sino por cientos, y con suerte, por miles. Cada vez que un lector, posa sus ojos en ella y mientras la lee, la hace suya y de nuevo, es vivida en la mente de alguien. Las historias que encuentran a su dueño, una cara y un cuerpo para ser vivida, se olvidan, tarde o temprano, están condenadas a desaparecer con el último aliento de la última persona que te recuerda, pero las que acaban reflejadas en un libro, no se olvidan.

En una ocasión, alguien me dijo que los escritores son egoístas, y, como tal, quiero que mi historia, no se olvide jamás y por ello, la escribo aquí, en estas páginas. Así que, ahora, hacer que no se pierda, te toca a ti.

Sólo ahora me doy cuenta de hasta qué punto llegamos a vivir de los recuerdos. Tal vez sean ellos los que nos impulsan a seguir adelante. Unos recuerdos que seguramente no son tal como los recordamos. Seguramente serán apenas un reflejo de lo que en realidad fueron. Estamos condenados a vivir en un cementerio de reflejos. Tal vez sea mejor así, quizá, deba, ser así. Quizás un recuerdo certero sea demasiado duro para que el alma lo soporte y sin darnos cuenta lo transformamos para que sean más agradables. Para que sean, como nos hubiera gustado que fuesen. Pero a veces, tu pasado y tus recuerdos son una daga clavada a tu espalda, que aunque te empeñes en olivar, se convierten en tu maldición.

La maldición que te consume las vísceras hasta que ya no queda nada, y entonces, alguien te pide que escribas una historia y aprovechas la ocasión para limpiar tu alma y poder vivir en tu propio cementerio de reflejos. Tú historia. Pero para poder evitar vivir de recuerdos falsos, existen los libros.

En una ocasión le dije a un editor que cuando escribes un libro debes conseguir que el lector se enamore del personaje principal, que odie a su enemigo de la misma forma que él lo hace, y que llore cuando muere quién no lo merece. Lo que olvidé decirle entonces, debido a mis escasos años e inocencia, fue que el amor es y será siempre el tema por excelencia en una novela, y si lo unes a la venganza, la muerte, y el pasado, puedes crear una bomba de relojería a punto de explotar. Esto, lo sé ahora. Ahora que ella ya no está conmigo después de tantos años juntos y me pidió con su último aliento, que escribiese nuestra historia y se la mostrase al mundo entero para que nos sobreviva a nosotros, a las décadas e incluso a toda la eternidad. Cuando acabe de escribir las últimas páginas de esta historia y del misterio que descubrí gracias a ella, ya no tendré nada que hacer en La Tierra, y esperaré paciente mi hora para marcharme con ella. Éste libro, no es otra cosa que una historia escrita con egoísmo para que, pasando de lector en lector, y de mano en mano, mi historia y mi propio cementerio de los reflejos, nunca se pierda.

Qué sería de este mundo sin la imaginación que nos brinda nuestra mente. La mente de los escritores está plagada de historias y cuentos que revolotean por su mente hasta que adquieren la forma adecuada y son escupidos al mundo. Los escritores vendemos historias. Las mismas que les hemos robado al tiempo, y a sus propios dueños. No somos más que una raza aparte en la especie que llaman humanidad. Una raza que pretende escapar del mundo que se presenta ante ellos, y modelarlo a su gusto y, con suerte, consiguen que alguien les acompañe, sus lectores, que en cierto modo, son tan culpables como el escritor, de robar la historia que tienen entre sus manos, página por página y creer, que es suya y siempre lo será, por el hecho de guardar el libro en una vieja estantería, llenándose de polvo, hasta que años después, llega a otras manos, y la historia robada, regresa y es rescatada del olvido y del polvo.

MI PADRE ME LEVANTABA TEMPRANO, como yo le insistía en vez de que me dejara dormir todos los sábados para poder acompañarle a la tienda a la que yo llamaba la tienda mágica por todos los tesoros que albergaba a mis ojos. Me despertaba entre susurros que mis oídos no querían escuchar ni a la primera ni a la segunda, pero que, a la tercera, al estar algo más espabilado, aceptaba levantarme con el sueño cubriendo mis párpados legañosos sabiendo las fantasías que me esperaban nada más entrar en la tienda. Como podía me vestía, normalmente poniéndome alguna prenda del revés que mi padre sonriente atinaba a ponerme derecha después del desayuno. Me observaba con la ropa puesta en su lugar y sonriente, arrodillado frente a mí, me decía:

—Hoy va a ser un sábado mágico, la tienda nos espera.

Cada vez que escuchaba esas palabras me llenaba de alegría, esperando más ansiosamente la llegada a la tienda. Me cogía de la mano y a veces hablando por el camino, y otras en un silencio total, paseábamos por las calles solitarias cruzándonos de vez en cuando con algún amigo o conocido de mi padre que nos saludaba con la cabeza agachada o alguna sonrisa perdida en las sombras del tiempo. Recuerdo mañanas oscuras al ser tan temprano. Sin que el sol apenas se asomara a saludarnos antes de llegar a la tienda, y otras, bañadas de agua fría y solemnidad. Nos veía a los dos caminando por la Gran Vía hasta llegar a Fernando el Católico para ir a la tienda. Era de un tamaño mediano pero con las fantasías que ocupaba la mente imaginativa de un niño se me hacía enorme, sin fin. Cada vez que traspasaba las puertas volaba lejos de allí. Me escondía en un rincón, observando todos los objetos que no podía tocar pues mi padre me decía que se rompían fácilmente y ello, los hacía más irresistibles todavía. La tienda tenía objetos extraños, de todo tipo. La gente los compraba como regalos pero para mí, eran auténticos tesoros. Tesoros de algún barco naufrago que misteriosamente habían ido a parar a la tienda de mi padre.

Recuerdo el enorme llavero que mi madre sacaba de su bolsillo y encontrando rápidamente la llave más grande de aquel manojito de hierros la introducía en la cerraja a la que hacían falta como dos litros de

aceite de engrasar porque cada vez que giraba parecían los chillidos de un bebé recién nacido. Abría la puerta y en la penumbra grisácea llena de destellos polvorientos. Sentía como la tienda me daba la bienvenida. Inhalaba abiertamente y disfrutando el olor a magia de aquel lugar, que, aunque por una parte, lo consideraba mío, por otro, se me hacía extraño y misterioso, como si ocultara algún secreto en algún rincón aún sin explorar por mi mano esperando el momento para contármelo al oído. Los muebles y objetos en la penumbra se dejaban entrever con un halo de misterio acechando en cada esquina de la tienda, en cada silueta, en cada sombra. Sólo por aquella sensación de los primeros segundos tras traspasar la puerta, merecían la pena el madrugón. En ese instante, las luces se encendían y dejaban ver cada objeto. Figuras de hadas con sonrisa burlona, duendes con malicia, gnomos, diablos, ángeles, cajitas de música que para mí, habían llegado directamente del mismo cielo hasta ahí. Relojes de pulsera, de pared, antiguos y modernos, abanicos sombríos para quien quisiera esconder su rostro al mundo tras ellos y de colores chispeantes para quien sonreía a la vida. Sombreros, abrecartas, sellos, carteras de piel... y un sin fin de objetos más. Pero mi lugar favorito de la tienda era el que estaba un poco más escondido. La sección de libros. Variados. Libros infantiles y no tan infantiles. Dramas antiguos y romances que con mi corta edad no alcanzaba a entender pero que me empeñaba en leer una y otra vez con el fin de entenderlos.

—No te preocupes hijo, ya los entenderás—decía mi padre al verme con cara triste y pesadez tras pasarme horas leyendo libros que no estaban escritos para un niño.

Yo le sonreía pensando que nunca podría entenderlos verdaderamente.

—Toma, este libro era de mis preferidos cuando era niño,—dijo tendiéndome un libro arrugado en cuyo título podía leerse Peter Pan—. Mi padre, me lo leía cada noche, éste sí lo entenderás, además te gustará mucho. Los otros déjalos para cuando seas más mayor.

Cogí el libro con desgana aunque fingiendo interés y observé la tapa. Parecía que lo hubieran sumergido en agua con lejía pues estaba arrugado y descolorido. Ojeé mínimamente los dibujos de su interior que estaban igual de descoloridos y me decidí por leer la primera página. Mi padre tenía mucha razón. Ese libro, sí estaba hecho para mí. Comencé a

leer y cuando me di cuenta la voz de mi padre me llamaba para que me pusiera el abrigo, que ya era hora de ir a casa a comer. Obedecí y escondí en uno de los bolsillos el cuento que me había llevado a otro mundo durante unas horas por la mañana. Me senté en una silla frente a mi padre observando como ordenaba el mostrador dejando cuidadosamente cada cosa en su sitio, casi matemáticamente. Creo que aquella fue la primera vez que adiviné que mi padre no era el mismo en la tienda que en casa. En la tienda, bien estuviera detrás del mostrador o atendiendo a alguien parecía sentirse a gusto, parecía estar feliz, viviendo en su mundo, regalando fantasías y sueños imposibles plagados de hadas y diablos. Se erguía y con una sonrisa nada forzada pintada en los labios que no perdía durante sus horas en la tienda ni por un instante, era diligente en su trabajo disfrutando con él. Pero en cuanto salíamos por la puerta, en cuanto las luces se apagaban y la cerraja se quejaba a su cierre, se encorbaba y envejecía diez años. Su boca triste, los ojos sin vida, me cogía de la mano y me decía:

—Despídete de la tienda hasta el próximo sábado.

Yo miraba y tras cinco segundos le decía a mi padre que ya me había despedido y que me había contestado que me esperaría con impaciencia, me acariciaba el pelo y cogiéndome de la mano nos encaminábamos a casa con la cabeza agachada. En nuestro trayecto hacia casa pasábamos nos cruzábamos con gente poderosa, como solía decir mi padre a los que se distinguían fácilmente del resto de los trabajadores como nosotros por las ropas que lucían, trajes de seda, guates impecables, sombreros y bastones señoriales con el mango de oro. Las señoras distinguidas por trajes que yo no me atrevía casi a mirar por temor a romperlos. Pasábamos frente a una tienda que tenía lo que para mí y para cualquier eran auténticos manjares que parecían venidos de algún país existete únicamente en los libros de fantasía. Pasteles, merengues, conos de chocolate, manzanas asadas, cuencos rebosantes de nata, caramelos y un sin fin de maravillas que te hacían viajar lejos de allí sólo con el olor que salía de aquel lugar cada vez que se abría la puerta.

—No te preocupes, Miguel, —me decía—. Algún día entraremos y te compraré lo que te apetezca.

Yo miraba el escaparate estupefacto sin saber si verdaderamente la tienda estaba ahí o sólo me la estaba imaginando.

Llegábamos a casa y mi madre, sin apenas mirarnos al entrar nos decía que la comida estaba preparada. Nos sentábamos juntos, como si fuera un ritual ancestral. Observaba a mi padre, lo veía mirar a mi madre buscando algo en ella que parecía haber perdido. Mi madre con la mirada perdida en el plato aguado de sopa que sabía más a sal que a cualquier otra cosa y con algún fideo flotando sin rumbo esperando encontrar la cuchara, permanecía inerte, perdida en su cabeza sin hablar prácticamente nada y sin mirar a nadie, ni a su hijo que necesitaba el amor de su madre, ni a su marido, que necesitaba el amor de la mujer con la que se había casado y que yo intuía no siempre había sido así.

Por lo que había oído en alguna ocasión ya perdida en ecos del pasado, mi abuelo tenía una vaquería en las afueras de la ciudad y mi madre tuvo que trabajar allí desde que tenía memoria. Con las manos agrietadas de ordeñar las vacas, echarles de comer y cepillarlas de mala gana había transcurrido la infancia de mi madre entre malos olores y ropa sucia. Un día de verano mi abuelo murió al caer desde un caballo, se golpeó en la cabeza, y se quedó ahí inmóvil con los ojos abiertos; y para poder subsistir tuvieron que vender la vaquería no sin la alegría escondida de mi madre que entonces era una niña de doce años. Mi abuela encontró trabajo de sirvienta en una de las señoriales casas de la ciudad y mi madre y ella se mudaron al ático de la enorme casa. Allí mi madre jugaba con los hijos de los otros criados y trabajaba con ellos también de criada y esquivando las proposiciones indecentes de uno de los hijos del señor de la casa y sus resbaladizas manos que tentaban, cuando se cruzaban con ella por el pasillo, de rozar sus posaderas bajo la vergüenza de mi madre pero con miedo a decirle que parase por las consecuencias que podría acarrear. Cuando no la encontraba a solas ordenando la vajilla de porcelana que la señora les ordenaba limpiar diariamente y dejarlas extendidas en los grandes armarios con puertas de cristal a la distancia de un centímetro un cubierto del otro y las copas a cinco centímetros de la otra copa y pasaba sus asquerosas manos por sus pechos e intentaba besarla mientras ella apartaba su cara. Cuando contaba con dieciséis años una de las hijas de los señores de la casa quería regalarle a su novio algo especial para el día de su cumpleaños personalmente cosa que no estaban acostumbrados a hacer, así que llamaron a mi madre a

la orden y la hija de la señora de la casa y ella se encaminaron por la ciudad en busca de alguna tienda que albergara algo que pudiera sorprender. Mi madre la seguía y cuando se paraba a observar algún escaparate, paraba tras ella guardando siempre distancia. Tras una caminata por lugares que mi madre nunca había pensado tan siquiera en entrar a ojear y que para su señora parecían casi un insulto de poca originalidad, ésta se sentó en una de las terrazas de los distinguidos cafés que plagaban las calles en verano y mientras se tomaba un helado mi madre la observaba de pie. Al fin se levantó de su asiento y sin decir nada caminó veloz hacia una tienda que estaba medio oculta justo en frente del café. Entró a la tienda y mi madre tras ella. Un chico joven, de unos dieciocho años salió de su escondite tras el mostrador y atendió a la señora con la mayor de las elegancias mostrándole la variedad de objetos de la tienda. Mientras ella se entretenía mirando, mi madre se había quedado al lado de la puerta observando al tendero. Sus miradas se cruzaron durante un instante y el tendero le sonrió. Mi madre, se sonrojó y agachó la cabeza. Dejó a la señora merodear por la tienda y volvió a su lugar tras el mostrador. Observando a mi madre de refilón viéndole carrillos completamente encendidos. Aquel día se conocieron mis padres. Me enteré de que quedaban alguna tarde de domingo en el que la tienda cerraba y mi madre libraba bajo la mirada desaprobatoria de mi abuela. Se cogían de la mano, hablaban y paseaban hasta que un día mi padre le pidió matrimonio y mi madre cansada de trabajar de criada para otros aceptó. Me gusta pensar que se casó con mi padre porque le quería, pero cuanto más tiempo pasaba más pensaba que se había casado con él para quitarse al señorito manos largas de encima, dejar de servir en casa ajena y tal vez para llevarle la contraria a mi abuela. Cuando mi abuela se enteró de la noticia le dijo que no se iba a casar con un tendero, que se casaría con alguno de los criados de la casa y que ella seguiría trabajando allí. Mi madre, sin hacer el menor caso, se casó con mi padre en una boda con apenas invitados y todos por parte del novio. Mi abuela nunca quiso saber nada más de mi madre, ni siquiera cuando fue a visitarla para decirle que iba a tener un nieto o nieta.

NUNCA HICE AMIGOS EN EL COLEGIO. Tampoco pasaba ninguna pena, pues por lo que a mí me parecía sólo sabían perder el tiempo estudiando lo que a mí no me parecían más que solemnes tonterías como quién descubrió América, quiénes fueron Los Reyes Católicos o como mi padre solía decir para hacerme reír Los Reyes Caóticos, aprender el Padrenuestro e insensateces por el estilo, a mí, lo único que me gustaba del colegio era la hora de la salida para poder ir a la biblioteca a leer o a la tienda de mi padre a leer también. A eso tenía que añadirle la facilidad de mi organismo para caer enfermo cada dos por tres. Las fiebres altas, sudores y pus que brotaba de mis oídos me mantenían alejado de la escuela durante buenos periodos del año y de ahí, que hubiera estado ya dos años en el mismo curso. Tampoco me importaba pues sólo me gustaba leer y tampoco tenía intención de estudiar absolutamente nada más. Mi intención era que cuando por fin mis padres o mis profesores desistieran de que siguiera yendo al colegio a ocupar una silla y estar pensando en las avutardas, ayudar a mi padre en su trabajo de la tienda y encerrarme en la biblioteca a leer los grandes libros de la historia saltándome los que no me interesaran, por supuesto, ya que el título famoso o un escritor reconocidísimo no tiene porqué gustar a todo el mundo y menos a mí, que sólo sentía interés por alguna temática de lectura en concreto. De momento, los de aventuras estilo Peter Pan y La Isla del Tesoro me bastaban, y una vez los hubiera memorizado todos me dedicaría a escribir mis propios libros y así dejar plasmado en hojas de papel algo que todo el mundo adoraría, mi imaginación y mi propia vida, pues siempre he creído que un libro no es más que la expresión en letras ordenadas, o, disparatadas de la mente del escritor en la que puede deducir sus miedos, sus amores, e incluso su pasado y lo que espera de su futuro.

Tampoco me preocupé demasiado en mis años de escuela de conocer a nadie ni de unirme a ningún grupo en el patio cuando descansábamos entre las clases. La única vez que lo intenté fue a los ocho años por orden y mando de mi profesor que me veía como un espécimen que no encajaba en su perfecta clase de niños bien sentados e interesados en las leccio-

nes que a mí me resbalaban por las orejas antes incluso de que me llegasen a entrar en los oídos mientras escondía cuentos debajo de los libros de clase y los leía en vez de atender a la lección. Cuando me disponía a salir de clase para sentarme en el patio en mi rincón de siempre a hacer lo que me gustaba hacer, leer, me llamó y me dijo que me acercara a su mesa. Era un hombre tan alto como delgado, que vestía un traje marrón oscuro que le venía como cinco tallas grandes seguramente heredado de su padre y éste, de su abuelo, y que eso, junto con su silueta escurrida suscitaba bromas entre los alumnos cuando caminaba a paso ligero por los pasillos y parecía que se iba a romper en pedazos y caer encima de cuantos alumnos hubiera a su alrededor. Tenía fama de enrollarse como las persianas a la mínima oportunidad que tenía de hablar y andarse por las ramas con quien fuera. Además también circulaba entre los profesores la no bien aceptada sospecha de que gustaba de una de las profesoras de la escuela, en concreto de la hija del señor director del centro, una chica de apenas diecinueve años a la que su padre había colado en el colegio usando sus poderes en el consejo escolar de los colegios de la ciudad en lugar de elegir a alguno de los otros candidatos mejor cualificados que ella. Aunque nadie la veía con buenos ojos, nadie decía nada, pues siendo hija del déspota, mejor no decir que arrepentirse de haber dicho, sobre todo por los antecedentes que había sobre el tema, ya que hacía unos tres meses la secretaria del director contó una anécdota a una de las profesoras: un viernes por la tarde cuando ya no quedaba nadie en el colegio a parte de ella y el director, entró en el despacho del amo y señor para entregarle los informes de los alumnos más destacados y se encontró con una escena bastante desagradable. Según dijo, la hija estaba semidesnuda sentada en la mesa de su padre mientras éste con una mano le tocaba lo innombrable y con la otra la pinchaba con una aguja de coser en los pezones. Por su puesto la secretaria salió despavorida pero cometió el error de contárselo a una de las profesoras con las que tenía relación de amiga, o eso creía ella. Lo que no fue una gran decisión ya que la hija de ésta había sido una de las candidatas a ocupar el puesto regalado a la hijísima, así que, sin perder el tiempo, corrió al consejo escolar a contar lo sucedido. Lo que ocurrió a continuación era de esperar conociendo el temperamento del señor director y lo que hacía

con su hija. Reunido el consejo escolar para tratar el tema llamaron a la orden a la secretaria y a la profesora, y después de haber sido llamadas putas embusteras y salpicadas por la saliva rabiosa del director al gritar fueron despedidas, y por supuesto lo sucedido con ellas junto con su nombre completo y dirección se enviaron a todos centros escolares públicos y privados de la ciudad para que no pudieran ejercer sus empleos anteriores de por vida. Después de este incidente la hijísima que daba clase a los niños de seis años empezó a maquillarse como una fulana de esquina y a ponerse ropas propias de un burdel venido a menos, pero, como era la hija del director, nadie decía nada, por lo menos a quién debían dar las quejas de aquello ya que bien se comentaba entre todo el claustro las miradas que padre e hija se lanzaban cuando se cruzaban por el pasillo y las veces que el director era sorprendido viendo a la putilla dar clases a través del cristal de la puerta.

—Miguel, me parece muy bien que leas... cuentos... aunque sea lo único que lees, por lo menos es algo y aunque no destaques en otra cosa, sacarás ventaja en eso a todos tus compañeros —comenzó su discurso—. Cuando yo era pequeño, más pequeño de lo que tú eres ahora hacía lo mismo, leía lo que me interesaba sin importarme nada más. Ni me importaba mi futuro ni lo que sería de mí al día siguiente, pero mi padre, gracias a Dios, supo enderezarme a golpe de regla en las manos y me obligó a sacar buenas notas en el colegio. He intentado muchas veces enderezarte a ti, pero creo que es una batalla perdida desde hace mucho tiempo, seguramente por culpa de tus padres que no tienen interés en que aprendas, tal vez ya te hayan buscado algún hueco en alguna fábrica de cemento cargando sacos... ya que parece ser lo único a lo que aspiras. Pero esto ya te lo he dicho muchas veces, y hoy no te he hecho quedarte aquí para intentar otra vez lo imposible. Lo que me gustaría es que intentases hablar con alguno de tus compañeros, no es normal que un niño de tus años sólo quiera leer, leer y leer, que como ya te he dicho me parece estupendo que leas, pero también tienes que relacionarte, ¿entiendes lo que quiero decirte verdad? Espero que sí, porque, bueno, no sé si debería decirte esto, pero, una de mis aficiones es coleccionar libros sobre los asesinos más famosos de la historia, de este país y de otros. Y hay una cosa en común en la inmensa mayoría de los casos,

eran personajes solitarios de pequeños, ¿sabes? Niños que se sentaban en un rincón en el patio de recreo como haces tú. Niños que hablaban con las piedras o con pajarillos muertos que se encontraban en el suelo, primero hablaban con ellos, después los desplumaban y los habría para ver lo que tenían dentro, de ahí pasaban a matar gatos a pedradas y destriparlos y de ahí a la más amarga de las locuras. Matar a un semejante. ¿No querrás que eso te pase a ti, hijo mío?

Me quedé callado sin saber qué decir, no sabía si yo iba a convertirme en un asesino por leer en vez de jugar en el patio con los compañeros de clase o si mi profesor había tenido algún trauma de pequeño y estaba hablado de sí mismo de cuando, de pequeño, desplumaba pajarillos muertos.

—No se preocupe, que yo no voy a matar gatos a pedradas para ver lo que tienen dentro, bastante tengo con ver los pollos que la señora Susana destripa en el bar para hacer su caldo, y menos aún voy a matar a nadie.

—No has entendido nada de lo que te he dicho, pequeño. ¡Ay, Dios mío, espero que no sea demasiado tarde para esta criaturita del Señor! —Dijo mirando al techo—. Ten, te regalo mi biblia, ya que te gusta leer, lee algo que te pueda encarrilar por el buen camino que creo que tus padres nunca se han molestado en enseñarte. Léela, te irá bien, y hazme un favor, ahora, cuando salgas al recreo únete a alguno de los chicos que están jugando a la pelota con el balón que el consejo escolar ha regalado al centro y diviértete con ellos.

—Es que no me gusta jugar a la pelota...

—Eso es lo de menos, te digo que juegues a fútbol con ellos y punto.

—Sí, señor.

Me levanté de la silla con la sensación de que me habían dado una paliza desmesurada. Tardé unos años en entender el discurso del profesor y en darme cuenta que el loco era él y no mi futuro como asesino y destripador de gatos. Bajé las escaleras hasta el patio y contemplé la escena. Había un grupo de chavales jugando en la tierra, otro grupo se deslizaba por el tobogán con la pintura azul caída por los años, otros, los mayores, estaban medio escondidos tras un muro mientras ojeaban una revista con una atención de la que los profesores hubieran querido la mitad para sus clases. Y al final del patio, estaban los de mi curso, jugando a la pelota. Observé el pequeño libro que me había dado el maestro con cubiertas de cuero, abrí la primera página. Tenía una dedicatoria

por la que pude suponer que era un regalo de su madre con la que seguramente seguía viviendo y había acabado por aborrecer. Me la metí en el bolsillo interior del abrigo y disimuladamente levanté la cabeza para poder comprobar como me estaba observando atentamente desde la ventana, así que, enfilé en dirección al improvisado campo de fútbol. Los observé desde lo que debía ser la portería durante cosa de treinta segundos y les pregunté si podía jugar con las mismas ganas con la que hubiera gritado «¡sí, quiero patas de pollo con uñas incluidas para cenar!» Me observaron con el mismo asco con el que lo hacía yo. No hicieron falta palabras para que cada mochuelo —como decía la señora Susana— se fuera a su olivo. Dirigí una mirada a la ventana de la clase, alcé los brazos y negué con la cabeza y encogiendo los labios y los hombros haciéndole ver al maestro que había hecho cuanto estaba en mi mano, y sin pararme a ver su reacción volví a mi lugar de siempre con mis libros de siempre.

Una mañana llegó un gran paquete a la tienda. Mi padre me miró con ojos y sonrisa de confianza señalándome que me acercara. Abrió el paquete y ante mis ojos apareció un gramófono de color dorado y un montón de discos cayeron al suelo. Me acerqué rápidamente para cogerlos. En sus fundas de cartón pude ver títulos que era incapaz de leer y que mi madre me dijo que eran cantantes alemanes y franceses y algo que sí pude entender. Había discos que contaban los cuentos, la Cenicienta, Blancanieves, Rapunzel... cual fue mi asombro cuando descubrí que uno era Peter Pan. Empecé a dar botes en la tienda pidiéndole a mi padre que lo pusiera.

Me pasé toda la tarde entera escuchando los cuentos una y otra vez, a cuál más maravilloso. Estaba encandilado con aquel aparato mágico que hablaba sin quejarse tantas veces se lo pidiera contándome sus historias. El reloj colgado en la pared señaló la una de la tarde, la hora de irnos a casa. Mi padre se aproximó a la puerta y la cerró. Me miró. Me levanté del suelo y seguí sus pasos. Entramos en la trastienda que quedaba oculta de los clientes por un toldo que debía ser tan viejo como la misma tienda. Se quedó frente a un armario y me miró de nuevo.

—Sabes que tu madre siempre dice que leer es de necios, que sólo sirve para llenar la cabeza de tonterías a los que ya son tontos de por sí, ¿verdad? Te lo ha dicho alguna vez.

—Sí, me lo dice siempre que vuelvo del colegio.

—Bueno, pues no debes hacerle caso, lo que le pasa a tu madre es que ella nunca pudo ir al colegio y nunca aprendió a leer. Es bueno leer, y me gusta que disfrutes con ello, por eso te voy a enseñar algo que no le debes contar a ella, porque se enfadaría mucho. ¿Lo entiendes?

Asentí con la boca abierta. Empujó el armario y apareció una puerta. Tras ella se me descubrió un mundo todavía más mágico que la misma tienda. Una habitación enorme llena de libros polvorientos.

—Cuando compré esta tienda ya estaban aquí. Hay libros de todo tipo y parece que estén ordenados por edades ¿sabes?, la primera estantería está repleta de libros infantiles, como los que a ti te gustan, de echo de aquí saqué el de Peter Pan. Y la última estantería contiene réplicas de las obras de los grandes escritores de la antigüedad. Virgilio, Sófocles...

— ¿Sofocos? —pregunté.

—Casi, casi. —Contestó mi padre entre risas—. Cuando vengas conmigo a la tienda puedes quedarte aquí si quieres. Puedes leer todo lo que te apetezca y más pero no le digas nada a tu madre, se siente mal por no saber leer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero, ¿por qué no aprende a leer?

—No lo sé Miguel, yo me ofrecí para enseñarle pero me dijo que una persona no es más lista por saber leer, y que no aprendería nunca al igual que ni su padre ni su madre aprendieron.

Sin entender muy bien la respuesta de mi madre a mi padre asentí seguro de mí mismo y con una sonrisa eché un último vistazo al nuevo secreto de la tienda que me esperaba hasta el sábado siguiente.

Después de comer, mi padre dijo que bajaba al bar a jugar a las cartas con Emilio dueño del bar con su mismo nombre, su amigo y vecino nuestro que yo tenía por segundo padre. Dejé a mi madre quejándose de todo y blasfemando en la cocina y me dirigí a mi cuarto. Saqué el libro de Peter Pan de su escondite y me tumbé sobre la cama dispuesto a pasarme la tarde volando con él en el país de nunca jamás.

Me desperté de pronto y sudoroso, como recién salido de una pesadilla que podía recordar. Ya era de noche. Me senté en la cama y me sequé la frente con el jersey que llevaba puesto. Alargué la mano y sólo toque

el colchón todavía mojado con mi sudor. No estaba. El cuento de Peter Pan había desaparecido. Entendí la luz y miré bajo la cama, allí tampoco estaba. Sólo se me ocurría una cosa, mi madre había entrado en mi cuarto cuando estaba dormido y lo vio. Salí al pasillo lentamente. Silencio. Avancé apoyando la mano en la pared como si esperase que algo me empujara. Llegué al cuarto de estar. Mi madre estaba recostada en el sofá cubierta por un chal y dormitaba con la boca a medio abrir. Entonces pude ver como un pedazo de papel coloreado estaba medio escondido bajo las patas de la estufa. Corrí hacia él. Era un pedazo roto de la portada de mi libro. Cogí el gancho de la estufa y levanté la tapa, al fondo se podían ver papeles medio quemados que relataban la historia que tanto me hacía soñar.

—Es lo mejor —oí decir a mi madre a la espalda.

No pude contestar, tenía más que claras las palabras en mi mente pero no pude soltar una sola, lo único de lo que fui capaz fue de girarme hacia ella, mirarla con rabia y puños apretados y sintiendo las lágrimas correr por mi cara hacia mi cuello. Salí corriendo y me encerré en mi cuarto.

EL DÍA EN EL QUE CUMPLÍ DIEZ AÑOS MI PROFESOR ACUDIÓ A MI CASA PARA DECIRLES A MIS PADRES QUE DE POCO ME SERVIRÍA SEGUIR YENDO AL COLEGIO, que lo mejor para mí era que aprendiese algún oficio y comenzara a trabajar porque de la escuela poco o nada iba a sacar entre mis pocas ganas de aprender nada y mis faltas por fiebres. Mi madre asintió de buena gana mientras que mi padre con la cabeza agachada y una voz de pito le dio las gracias al profesor por su interés mientras le tendía la mano. Nada más cerrar la puerta mi madre con voz de sargento y muy señor mío me llamó a la orden. Mi padre sentado en su butaca me sonreía y mi madre con una expresión que nunca le había visto ni le volví a ver parecía reírse de mí.

—Siéntate. —Me dijo mi madre colocando una silla frente a ellos—. Tu profesor ha dicho que es mejor que no vuelvas al colegio. Que lo mejor para un chico sin interés en aprender es que aprenda un oficio.

—Puede ayudarme en la tienda —cortó mi padre.

—Eso no hará que en casa entre más dinero —dijo tajante mi madre.

—No me importa, tiene diez años, no quiero que se convierta en el mulo de carga de nadie, trabajará conmigo en la tienda y punto.

Mi madre salió disparada hacia la cocina quejándose por lo bajo.

—Vamos hijo, a partir de hoy vendrás todos los días conmigo a la tienda.

Salimos de casa triunfantes. Durante los primeros días mi padre me enseñó cómo ordenaba las cosas en la tienda y resultó que no tenían un orden casual, me enseñó a realizar pedidos y a convencer a la gente de que la pieza que estaban dudando comprar era el regalo más indicado para quien lo querían dedicar, me enseñó a envolverlos y a dar bien el cambio. Cuatro semanas después era todo un experto en los artes de las ventas.

Me sentía el niño de diez años recién cumplidos más feliz del universo entero ya que después de despachar mis tareas en la tienda me sentaba en una silla a leer mientras sonaba el gramófono que llevábamos años sin vender. En ese momento, en aquellos instantes en los que la música

llegaba a mis oídos era como si abandonara mi cuerpo, como si estuviera lejos de aquel lugar, como si estuviera en el paraíso. Había comenzado el tercer capítulo del libro Viaje al Mundo en Ochenta Días cuando entraron a la tienda. Eran Crescencio, un hombre que había sido amigo de mi abuelo, el padre de mi padre, y su nieta, Adelaida, que tenía cuatro años menos que yo y tenía la capacidad de erizarme el vello de los brazos y hacerme rabiar en un tiempo que batía récords. Crescencio nos visitaba en la tienda de vez en cuando y, normalmente, era para pedirle a mi padre que Adelaida se quedase con nosotros unos días. A mí me gustaban sus historias y mi padre disfrutaba de su compañía. Desde el día en que nació, según me contó, había tenido una salud de hierro pero últimamente tenía problemas, y cuando no era el riñón, era la espalda, la rodilla o el soplo que tenía en el corazón. Cuando tenía que ir al hospital durante unos días nos dejaba a Adelaida en casa. Cada vez que mi padre me anunciaba que se quedaría unos días con nosotros hasta que Crescencio mejorase, no podía evitar poner los ojos en blanco. Una de las veces que se quedó en mi casa le pregunté a mi padre porqué no se quedaba en su casa con sus padres, o si daba la casualidad de que todos se ponían enfermos al tiempo. Crescencio había perdido a su mujer en el segundo parto, y el recién nacido había muerto horas después dejando sólo a Crescencio y a su hijo de tres años, el futuro padre de Adelaida, que murió junto a su mujer cuando fueron a visitar una vieja casa que querían comprar para vivir allí junto a su hija, al caérseles el tejado podrido encima.

—No sé qué haría si también la perdiera a ella.

Recuerdo esa frase salir de su boca muchas veces cuando visitaba a mi padre. También le recuerdo diciéndose qué sería de su nieta si él se iba pronto, pues no tenía a nadie.

—Hola. —Me dijo sonriente.

—Estoy ocupado —respondí.

—¿Qué lees? —preguntó sentándose a mi lado.

—Nada que a una chica le pueda interesar.

—No seas mal educado, Miguel —sentenció mi padre bajo la mirada burlona de Crescencio.

Se dirigieron a la trastienda a disfrutar mutuamente de la compañía mientras yo tenía que aguantar a Adelaida.

—¿Vamos a jugar a la calle? He encontrado unas piedras con formas de animales al lado de río.

—Hace calor.

—¿Y qué?

—Hombre, que tú quieras empezar a sudar como un cerdo no me extraña, incluso lo pareces, pero eso no quiere decir que yo también.

—Eres un niño malo.

—¿Yo? No digas tonterías.

—Yo no soy mala contigo, solo quería jugar.

—No soy malo, es que no me gusta tener que cargar contigo cada vez que vienes a la tienda, y estoy cansado de tener que cuidar de una niña de seis años más tozuda y más pesada que una mula.

Agachó la cabeza y salió de la tienda. Al fin podía continuar leyendo tranquilamente. Tras dos páginas y mirar repetidamente a la calle por el escaparate pensé que tal vez no debía haberle dicho aquello. Dejé el libro abierto y salí. La encontré dos bancos más abajo de la tienda acariciando a una paloma que comía algo en el suelo. Me acerqué lentamente.

—No deberías tocarla.

—Déjame en paz, idiota —dijo sin mirarme.

—¿Sabes que las llaman las ratas aladas? Por las enfermedades que portan.

—Mejor para ti, así, si me muero, no tendrás que aguantarme.

—No quería decir eso, lo siento.

—Pues claro que querías decir eso. Tú, el chico de diez años más aburrido de la calle, que solo sabe leer tonterías como si un cuento fuese lo mejor del mundo no quiere tener que jugar con una niña tonta cada vez que su abuelo visita a tu padre. Lo he entendido muy bien, no voy a molestarte más.

Miré a mi alrededor intentando encontrar en las paredes o en el cielo una respuesta para ello pero no la pude encontrar.

—Entra a la tienda, si no nos ven ahí se preocuparán.

Dejó a la paloma y se encaminó a la tienda con los brazos cruzados. Cogió una pequeña cajita de música bordada en hadas, se sentó en mi sitio y la abrió. Me senté a su lado y así estuvimos sin decir nada hasta que mi padre y Crescencio salieron de la trastienda.

—Adelaida. —Llamó mi padre—. Tú abuelo va a estar fuera unos días, y le he dicho que puedes quedarte con nosotros, así podrás divertirte con Miguel.

—¿Adónde vas abuelo?

—Tengo unos asuntos pendientes, me van a llevar muchas horas al día y no voy a poder cuidar de mi princesita como se merece, será mejor que te quedes con ellos.

Asintió. Aproveché ese momento para demostrarle de nuevo que me sentía mal por lo que le había dicho. Me acerqué a ella y le cogí la mano. Ella la soltó y se volvió a sentar.

De camino a casa mi padre le contó una historia de hadas y princesas para entretenerla y así evitar que preguntase por Crescencio. Mientras subíamos por las escaleras para llegar a casa nos cruzamos en el pasillo a la hija de la vecina, que siempre que podía, cogía el vestido de novia de su difunta abuela, a la que de pequeña le había afectado una enfermedad en los huesos y se quedó con la estatura de una niña de ocho años el resto de su vida, y fingía ser de buena familia. Nos miramos en silencio y me sonrió. Cuando llegamos a casa mi madre saludó a nuestra invitada y de mala gana puso otro plato en la mesa. Mientras, yo me apresuré a tender un colchón de espuma que guardábamos bajo mi cama, ponerle sábanas limpias y así, una vez más intentar que se olvidase de lo que le había dicho.

Después de cenar les dije a mis padres que me bajaba a jugar a la calle. Aunque mis planes no eran precisamente jugar. Me pidieron que me llevase a Adelaida y aunque ella había insistido en que quería dormir, acabó acompañándome lo que suponía un contratiempo. Se había levantado una brizna de cierzo.

—Oye, ahora no puedes venir conmigo.

— Tampoco quería bajar a jugar contigo, tu padre me ha mandado hacerlo.

Se sentó en el banco frente al portal con los brazos cruzados. La dejó allí y di la vuelta a la calle. Parecía un fantasma, oculta en el portal vestida con un vestido de novia que tendría casi cien años, blanco, como su piel pálida. Me acerqué a ella y nos sentamos en el portal.

—¿Quién era esa niña?

—No me digas que es la primera vez que la ves.

Asintió.

—Pues últimamente pasa más tiempo en mi casa que en la suya. Es la nieta de un amigo de mi padre.

—¿La besas a ella también?

—Sabes que eso lo reservo para ti.

Ninguno de los dos sentía afecto hacia el otro, pero era divertido hacerlo. Las noches calurosas de verano nos escondíamos en ese portal y rozábamos nuestros labios sin que nadie lo supiera. Aunque ella siempre presumía de que todos los chicos querían besarla a ella por su elegancia y buen saber estar, yo nunca vi a nadie a parte de mí, intentándolo. Había sido y era la primera chica y la única a la que besaba, más por diversión y entretenimiento que por otra cosa. Escuché una risa lejana y ambos levantamos la vista. No vimos nada.

—Se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya a casa. —Dije.

—Yo me quedo un rato más aquí.

Me levanté y fui a buscar a Adelaida que no estaba en el banco sino en la esquina de la calle con una sonrisa en la boca.

—Vamos a casa, es tarde.

—¿Es tu novia?

—No.

—¿Y si no es tu novia porqué la besabas?

—No la besaba.

—Vale —dijo con indiferencia.

—Es verdad —repliqué.

—Vale.

Al menos parecía haberse olvidado de que estaba enfadada conmigo.

—¿Vamos mañana a pescar? —preguntó de golpe.

—¿A pescar? Nunca he ido a pescar.

En ese momento sacó un hilo con un corcho viejo de botella atado en un extremo.

—Con esto, pican siempre. A veces voy con mi abuelo.

—¿Qué con eso pican? Con eso no pica ni el barbo más tonto del río.

—Pues sí que pican. Di lo que quieras.

Mientras Adelaida dormía a piernas suelta, yo apenas pegué ojo en toda la noche. Después del desayuno a base de leche y pan. Anuncié a mi padre que nos íbamos al río a pescar. Al principio no pareció muy con-

vencido pero al ver la carita de Adelaida, aceptó, no sin advertir que tuviésemos cuidado. Durante el camino se dedicó a relatarme las cosas que hacía en la escuela. A ella no le gustaba ninguna de ellas, pero se esforzaba en hacerlo lo mejor posible aunque solo fuera por darle a su abuelo una alegría de vez en cuando. Adelaida se apresuró entre las piedras y las cañas, a punto de caerse unas cuantas veces, a indicarme el lugar en el que ella y Crescencio pescaban cuando iban allí. Se descalzó, se remangó el vestido y se sentó sobre una piedra metiendo los pies en el agua.

—¡Está helada! —anunció impaciente y sonriendo.

La imité y subiéndome las perneras del pantalón todo lo que me fue posible, metí los pies en el agua.

—Vaya, sí que está fría. Pero fría, fría.

Lanzó una risotada al aire, estaba prácticamente eufórica por estar allí.

—Ten cuidado, a ver si se te va a subir una culebrilla pierna arriba.

Pegué un brinco y me puse en pie justo antes de resbalar con a piedra mojada y caerme de cara al agua.

Adelaida no cabía en sí de gozo. Estaba tumbada riéndose a lo grade y entrecortada me dijo:

—Esa broma me la gastó mi abuelo y me pasó lo mismo.

—Ja, ja, qué graciosa. Estoy mojado completamente, hasta el pelo —dije todavía en el agua que apenas cubría.

Nos reímos los dos bien a gusto y después me senté de nuevo a su lado mientras tiraba su anzuelo al agua. Estuvimos un rato sin hablar, simplemente disfrutando del silencio, al menos yo, a ella, parecía no gustarle demasiado. Aproveché ese momento para darle una de las dos manzanas que había llevado. La recibió con una amplia sonrisa y pegándole un gran bocado y dejando que el jugo de la misma le resbalase por la cara comenzó a hablar de nuevo.

—¿Quieres saber una cosa?

—No —dije.

Se quedó mirándome con una cara que mezclaba la tristeza con el enfado.

—Sí, lo quiero saber —dije.

—Pues ahora no te lo digo.

—Venga, lo decía en broma.

Después de dudar durante unos instantes, me miró y continuó con su charla.

—De mayor voy a unirme al circo.

Me quedé atónito mientras ella me observaba triunfante.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ser la comida de los leones?

—Idiota. Pedazo de idiota.

Los carrillos se le hincharon y parecía a punto de reventar.

—Lo siento, no te quería enfadar. ¿Qué harás en el circo?

—Quiero ser bailarina. De esas que se suben a una barra puesta en alto y saltan sin caerse.

—Pero eso es muy difícil.

—Aprenderé. Y me pintaré la cara con brillantina rosa, para estar muy guapa. Y bailaré así.

Se puso en pie y con los brazos extendidos y el vestido mojado pegándose a sus piernas de gorrión comenzó a saltar de una piedra a otra mientras canturreaba. Se había alejado unos cinco metros cuando, dándose la espalda se agachó.

—¿Qué haces?

—Aquí hay un montón de caracolas vacías.

Me levanté y me agaché a su lado.

—Tengo una idea.

Le dije que con cuidado de no cortarse, cogiese las hojas alargadas de las cañas verdes y yo hice lo mismo por otro lado. Cuando tuvimos un montón lo suficientemente grande, regresamos a la orilla y sentados le enseñé como hacer una barca con las hojas y lanzarla al agua sin que se hundiera. Cuando tuvimos hechas todas, cogí las caracolas y le dije que pusiera una en cada barca y que las dejara correr en el agua a la vez que pedía un deseo por cada una. La idea le encantó. Corrió a hacer lo que le dije hasta que no quedó una sola. Se podía ver una hilera de pequeñas barcas de hojas que se alejaban hacia el mar. Cuando apenas se veían ya, Adelaida comenzó a correr tras ellas.

—¡Adiós barquitas! ¡Traedme mi deseo!

—¿Qué has pedido?

—Que mi abuelo no se muera.

Se volvió hacia mí.

—¿Sabes? Me lo estoy pasando muy bien —dijo regresando al lado de su caña de pescar.

TRAS AYUDAR A MI PADRE EN LA TIENDA ME SENTÉ EN LA SILLA DE SIEMPRE CON UNO DE LOS LIBROS QUE HABÍA LEÍDO MIL VECES MIENTRAS ADELAIDA CORRÍA DE UN LADO A OTRO DE LA TIENDA. Después de una hora escuchando su correteo por la tienda y sin apenas poder leer nada, le dije a mi padre que me iba a dar un paseo. Salí a la calle y el aire fresco se me incrustó en la cara como un regalo. Crucé las calles deprisa sin devolverle el saludo a los que me saludaban, ni siquiera los miraba a la cara. Sin haberme dado cuenta había acelerado aún más el paso y prácticamente corría por la calle que se había convertido en mi particular pista de atletismo en el que las personas, los perros, los bancos y las papeleras se habían transformado en parte del decorado de la pista, obstáculos que había que esquivar. Cuando llegué a la puerta de la biblioteca tenía sobrealiento y decidí sentarme en los escalones a recobrar una respiración tranquila. Cuando llevaba poco más de cinco minutos esperando un señor de unos cuarenta años con cara de pocos amigos comenzó a subir por las escaleras aunque por la ropa que llevaba no parecía ser alguien que necesitara ir a la biblioteca a alquilar un libro. Era alto y corpulento, con el pelo negro. Unos zapatos negros que parecían recién brillantados seguramente en la calle Alfonso, un traje claro cubierto por una gran capa que hacía de abrigo de color tostado que le colgaba del cuello, un bastón que debía ser de ébano con oro labrado. Tenía un broche enganchado en la capa. Una m y una s entrelazadas. Con el fondo negro y las letras en oro. Vio que lo estaba observando y me dirigió una sonrisa cuando pasaba a mi lado que fui incapaz de devolver. Todavía no sé si fue por el miedo a alguna represalia de uno de los ricachones de la ciudad o por la vergüenza de que me hubiese pillado haciéndole poco menos que una radiografía. Dejé que pasaran unos minutos, pues no quería encontrarlo de nuevo y entré. Hacía algunas semanas que no me acercaba a la biblioteca y se me antojó más grande, fría y hechizada que nunca. Me dirigí a la diminuta sala de libros para menores de quince años, ahí sólo estaba la vigilante de la sala que cada vez que me acercaba por allí me decía que me iba a quedar tonto de tanto leer y nadie más. Esa era una de las

cosas que más me gustaban, la sala entera para mí, era como vivir mi propio cuento, mi fortaleza con su Goliat vigilante. Era la sala más pequeña de la biblioteca. Me daba la sensación de que era circular. Había algunas sillas y un butacón enorme que seguramente eran los despojos de la sala principal cuando fue remodelada y ampliada que había ido a parar allí de casualidad, era mi butaca, y una mesa más o menos grande y con dos sillas puestas en comunión una al lado de la otra. Las paredes estaban hechas de madera vieja que si te apoyabas crujía y la biblioteca te miraba fulminantemente, adornadas con cuadros de las bibliotecarias que había vigilado aquel lugar que parecía que todavía continuaban allí y con unos quinqués que salían de la pared como si fueran sus manos. Las estanterías estaban ligeramente echadas hacia delante y parecía que en cualquier momento iban a empezar a caer una tras otra. Empecé a ojear las estanterías. Tras un rato observando títulos en los lomos de los libros seleccioné Viaje al Centro de la Tierra que tenía manchas de restos de comida en la cubierta y en las páginas internas y me senté en el enorme butacón. Abrí el libro por la primera página y me lo pegué a la cara temiendo que las letras se escaparan de las hojas. Llevaba un rato inmerso en la lectura cuando noté que había alguien sentando frente a mí, el libro me impedía ver quién era. Escuché una fuerte respiración. Estaba seguro. El hombre que me había pillado observándole mientras subía por las escaleras estaba sentado frente a mí. Esperando que apartase el libro de mi cara para darme una de las bofetadas más grandes de mi vida y después darme una lección de educación diciéndome que es de muy mal gusto observar fijamente a otra persona y menos si no la conoces. Noté como se puso en pie empujando la silla hacia atrás. Apreté el libro con fuerza y cerré los ojos. Noté el sudor en mi frente, los dedos me dolían de apretar las páginas sucias del libro, sentí mi corazón en la frente a punto de estallar, ahí venía, el bofetón cada vez estaba más cerca. Con los ojos cerrados y los dientes apretados sentí como apoyaba su mano sobre el libro, y yo quedándome sin fuerzas le dejaba que lo apartara de mi cara.

—Pero, ¿se puede saber que haces? —La voz fuerte de Adelaida me permitió respirar de nuevo.

Abrí los ojos lentamente.

—Oye, ¿estás bien? —Me preguntó.

—Sí —dije mientras despegaba mis ojos—, estoy muy bien.

—Pues parece que tengas fiebre. Mi abuelo siempre dice....

—Que estoy bien, ya se me ha pasado —corté bruscamente.

—¡Silencio! —Gritó la bibliotecaria.

—Perdone usted —le contesté casi sin mirarla.

—¿Qué haces aquí?

—Te he seguido.

—Sí, eso ya lo veo, ¿por qué? Pensaba que estabas lo suficientemente ocupada imitando a los caballos en la tienda.

—¿Qué parte es la que no habéis entendido? ¿He dicho que calléis?

—Que sí, que ya. ¿Sabe? Si mi abuelo estuviera aquí diría que es usted una pesada —dijo Adelaida.

—Se acabó, esto es intolerable —dijo mientras se levantaba de su asiento—. Aquí lo único que pretende una es hacer su trabajo y le vienen los niños de turno a tocar las narices, pues ahora os las voy a tocar yo a vosotros, a hablar a la calle los dos. ¡Venga!

—Buenas tardes tenga su santa paciencia doña Encarnación —sentenció una voz tras la bibliotecaria, ésta, se giró.

—Madre del amor hermoso señor Sanpedro. Usted por aquí de nuevo, me alegro enormemente de verlo a usted—. Le saludó mientras corría a su lado a estrecharle la mano y a ofrecerle una taza de café caliente que iba a buscar justo en ese instante.

El señor Sanpedro aceptó de buena gana.

—Ahora mismito se lo traigo a usted señor, siéntese donde guste que vuelvo en un brinco.

Dicho esto desapareció por la puerta olvidándose de nosotros. El señor Sanpedro no me daba tanto miedo ahora que cuando lo había visto en las escaleras pero eso no me quitaba de la cabeza la idea de que había ido allí para enseñarme buenos modales. Me dedicó una mirada desde donde estaba y después dirigió la mirada a Adelaida para a continuación sentarse de espaldas a nosotros.

—Vámonos de aquí —me dijo.

—¿Por qué? Coge un libro y ponte a leer, seguro que encuentras alguno que te gusta.

—No necesito ningún libro, quiero irme, ya volveremos otro día—. Dijo con una mirada que imploraba que nos fuésemos.

—Vale, hala, lo que su señorita mande.

No quería enfadarla otra vez. Bajamos las escaleras y me dijo que la siguiera. Nos escondimos tras unos matorrales.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Shhh, calla. Ya lo verás.

Llevábamos casi una hora cuando se escuchó la gran puerta de la biblioteca abrirse y Adelaida me dijo que me asomase tras el arbusto. El señor Sanpedro se iba.

—¿Qué te pasa? —Dije al fin.

—Vamos a seguirle.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro, ¿no dices que quieres ser escritor? Pues estoy segura de que ese hombre esconde algo y nosotros podemos descubrirlo y tú ya puedes escribir un cuento.

—No quiero escribir cuentos, quiero escribir novelas.

—Sí, lo que tú quieras, a mí me da igual.

Caminó silencioso por el paseo María Agustín, atravesó Fernando el Católico y pasó frente a la tienda de mi padre. A unos cincuenta metros del final de la calle se levantaba una siniestra casa con jardín amurallado. Abrió la verja y se metió en la casa que parecía haberlo engullido entre sombras negras. Nos acercamos. En la gran verja había unas enormes M y S, igual que el broche de su capa. Supuse que la S era de Sanpedro, y seguramente la M era su nombre. Se encendió una luz en el interior de la casa, tras unos segundos se apagó y una nueva luz apareció en la segunda planta. Una silueta se podía ver en el interior. La luz se apagó. Esperamos un rato. Deshicimos el camino para volver a mi casa.

—¿Por qué le hemos seguido? Y no me digas que los has hecho para lograr que yo me haga novelista, porque no me lo creo, niña.

—Quería saber dónde vivía.

—¿No lo sabías ya?

—No.

—No te entiendo, ¿para qué querías seguirlo?

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—Mañana te lo enseñaré.

—¿Qué pasa mañana?

—Ya lo verás, no seas plomo.

Cuando llegamos a mi casa en la Avenida Madrid situado justo encima del restaurante del amigo de mi padre, el señor Emilio, ya eran pasadas las doce. Abrí el portal y subimos las escaleras con pies de plomo. El olor delató que seguramente el perro del vecino del segundo se había vuelto a mear en la escalera. Cuando llegué a la primera planta, Emilio, el dueño del bar con su mismo nombre, estaba intentando abrir la puerta de su casa.

—Hola Miguel, y compañía. ¿Cómo estáis?

Era un hombre menudo que vestía siempre los mismos pantalones negros y la misma camisa en un principio blanca y ahora con un color y un olor indescriptibles, llevaba unas gafas de culo de baso completamente redondas a juego con sus cejas y las arrugas de su cara. Tenía cuarenta y cinco años cumplidos el mes pasado y parecía tener por lo menos setenta y si a eso le añadías los veinte kilos que le faltaban a su esqueleto daba una imagen más de cadáver que de persona, pero más bueno que el mismísimo pan de leche que servía en su bar para desayunar.

—Muy bien Emilio, ¿Quieres que te ayude a abrir la puerta? —Ofrecí.

—Pues te agradecería mucho el detalle. Cuando yo gire la llave tú empujas.

Al tercer intento la puerta se abrió. Emilio se había casado con una mujer que medía un metro ochenta y pesaba los ochenta kilos por lo menos. La pobre mujer sufrió una gripe cuando llevaba un año de casada de la que tardó un mes en reponerse y que se le había llevado gran parte del finísimo oído que poseía.

—¡Ay! Mi señor, por fin en casa, y se ha traído al encantador hijo del vecino. Angelito, ¿cómo te encuentras? Hacía mucho que no te veía. ¿Y esta hermosura que te acompaña?

—Pues muy bien señora Susana. ¿Y usted, como anda?— Dije ignorado su última pregunta.

—Si no me gritas más no te oigo hijo mío... anda venid. Cada día estás más seco. Ya le dije a tu madre que si en algún momento dado le hacía falta un trozo de pollo en la mesa me lo pidiera pero nunca lo hace,

será por orgullo, pero estás en los huesos, como Emilio, por mucho que le ponga en el plato, Dios le dio pocas ganas de comer al nacer, las que me dio a mí a mi además de las propias—. Dijo mientras nos empujaba al interior de la pequeña cocina y nos sentaba en la mesa al lado de Emilio—. Tomad, este estofado os va a sentar de rechupete—. Dijo mientras servía un plato para cada uno.

—Comer, hijos, comer, no os preocupéis, si queréis más, que no os dé apuro pedir, ¿eh?

—Muchísimas gracias a los dos, te lo digo de verdad pero mi madre va a levantar el techo del edificio de un grito cuando lleguemos a casa, es muy tarde—. Por supuesto Susana no se enteró de gran cosa pero Emilio me ofreció una coartada:

—Mira, cuando llegues a tu casa, le dices a tus padres que habéis llegado a la hora de siempre, pero que había mucha gente en el restaurante, os he visto y no os he dejado subir a casa hasta estas horas, ¿os parece bien?

—A mi sí, me salvas la vida Emilio, pero como le parezca mal a mi madre y la empresa contigo...

—¡Ah!, de eso no te preocupes. La historia queda zanjada. —Sentenció mientras me guiñaba un ojo—. Y a todo esto, nunca te había visto volver tan tarde a casa, ¿dónde te has metido? ¿No estarás en algún lío?

—Oh, no. Que va —dijo mientras hundía la mirada en el plato.

—Ah, ya veo, ya veo. Lo que te pasa es que te has echado novia, ¿eh? —dijo mirando a Adelaida.

—No, que va... yo...

Volví a hundir la mirada.

—¿Yo? ¿Con éste? ¿Está loco? —dijo Adelaida.

—Vamos, hombre, que no os dé vergüenza, que una buena mujer y un buen hombre es lo que mejor que le puede pasar a uno en esta vida. Un poco joven os encuentro pero bueno, en esta vida hay que correr antes de que la vida corra tras de ti, no sé si me entendéis.

—Sí, le entiendo —mentí, no tenía la menor idea de lo que me decía, pero era mejor que pensase que tenía novia a decirle que había estado siguiendo a alguien.

Cuando entramos en casa, sólo encontramos más silencio y oscuridad. Mis padres se habían acostado ya. Dos platos de sopa, o mejor dicho, de agua con sal nos esperaban en la mesa de la cocina. Los dejamos donde estaban y cerré la puerta de mi cuarto. Adelaida se metió en su improvisada cama y yo cogí el cuaderno que tenía sobre la mesa. En las primeras páginas había escrito problemas de matemáticas de mis días de colegio que no quería recordar. En la primera página en blanco que encontré comencé a relatar una historia, en la que aparecía una casa encantada con asombroso parecido a la que habíamos visitado. Por supuesto con muchas invenciones de por medio, porque un escritor debe inventarse historias, no calcarlas de la vida, ¿qué clase de escritor es el que no inventa sino que sólo transcribe la vida en un puñado de hojas en blanco? En la quinta página acababa mi relato. Había salido muy corto, pero había escrito todo lo necesario. Leí y releí lo escrito durante casi una hora pero no podía escribir más. Mis sueños de escritor se estaban esfumando cuando no habían empezado todavía. No sabía escribir. Mirando las páginas cayeron dos lágrimas al papel.

A *MI PESAR*, desperté tarde. Eran las once de la mañana cuando abrí los ojos. Adelaida ya no estaba en su cama. Salí de mi cuarto y enfilé a la cocina. El olor a café inundaba la casa. Mi madre, para no romper la tradición. Me dedicó un leve gemido que atendía como saludo matinal cada día.

—Toma, bébete todo el tazón de leche.

—¿Dónde está Adelaida?

—En el bar, con tu padre.

Me quedé ahí sentado como un bobo, mirando la leche esperando el bofetón de gritos preguntándome por qué había vuelto tan tarde. Para mi sorpresa, no llegaron. Seguramente había desistido, o simplemente no le importaba nada sobre mi vida. En ese instante me sentí como si fuera un intruso en aquella cocina. Observé a mi madre de pie, frente a la cocinilla de leña, calentándose las manos. Vi las arrugas en su cara pensando que eran culpa mía. Tal vez yo nunca debí nacer. Mi padre me había contado muchas veces lo feliz que era mi madre cuando era más joven y siempre me decía, que algún día volvería a serlo, que lo que pasaba era que echaba de menos a su madre. Pero cuanto más tiempo pasaba más arisca se volvía mi madre y yo cada vez estaba más convencido de que era únicamente por mi culpa, por haber llegado a este mundo. También sabía que mi padre sí me quería, me lo demostraba siempre, con cada gesto y con cada beso en la mejilla. Tal vez si yo no hubiese nacido mis padres hubieran continuado siendo felices. Bebí el tazón de un trago y le dije que me iba. Salí a la calle y el sol me pegó con fuerza en la cara. Vi a mi padre hablar con Emilio en la barra y a Adelaida escucharles atenta. Cuando abrías la puerta del bar todo el mundo sabía la entrada de un nuevo visitante por el chirriar de la puerta acompañado del tintinear de la campana puesta sobre ella. El bar había permanecido exactamente igual desde que yo lo recordaba. Las paredes de un color que no sabría decir si era rojo aclarado por los años o naranja sucio por el humo de la cocina, estaban adornadas con carteles de toreros, fotos antiguas de la ciudad además de la foto de don Eduardo Ardit y por una

cabeza de toro que siempre me había dado miedo. Don Eduardo Ardit, era un torero que había muerto hacía años por la cornada que un toro le propinó en las partes más sensibles del cuerpo humano seccionándole una arteria y desangrándose en la plaza. Y ese toro que mató a don Eduardo era el que colgaba en la pared.

—Mira quien nos honra, ¿qué tal hijo? ¿Has descansado bien? Con la paliza que te pegué ayer te lo mereces —soltó el bueno de Emilio mientras mi padre sonreía.

—No fue nada, no te preocupes, y sí, he dormido bien —dije—. Habían entrado clientes al bar y Emilio nos abandonó para atenderlos.

—Un pajarito me ha comentado que tiene usted novia, Miguel —dijo mi padre burlescamente. Dirigí la mirada a Emilio.

—¿Estás seguro de que ha sido un pajarito y no un avestruz? —Dije ofendido.

—Venga hombre, no te enfades con Emilio. Me ha hecho un ligero comentario, nada más.

—Pues no es verdad, no tengo novia, ni quiero tener nunca.

—Y ni en broma se crea usted a mí me gustaría ser la novia de su hijo, yo sí que querré un novio, pero no a él. —Añadió Adelaida.

—Eso es lo que opinas ahora, pero ya verás como de aquí a unos años como te escapas de casa a escondidas para besarte en secreto en algún portal perdido con alguna jovencita que te quita el hipo y las ganas de comer. Adelaida rió.

—Vale, ahora me voy.

—No te enfades hombre, que es ley de vida.

Salí del bar sin saber si estaba enfadado porque Emilio le dijera lo de mi supuesta novia, Adelaida, o por saber que iba a ser objeto de burla durante una larga temporada. Ella salió tras de mí.

—Espérame.

—Oye, no necesito que mi padre crea que somos amigos entiendes, y menos novios.

—Eso lo tiene muy claro.

—No quiero ser tu amigo. Me basto yo solo con mis libros.

LLEGAMOS A LA VERJA DE LA CASA A LA UNA DE LA TARDE POR LO QUE SUPUSE QUE SUS HABITANTES ESTARÍAN COMIENDO. Seguramente algún manjar que yo no podía tan siquiera imaginar. La noche anterior apenas había podido ver la silueta de la casa, pero ahora, con el sol me parecía un castillo medieval, lleno de gárgolas amenazantes por todas partes, el jardín, que yo creía era más grande que la manzana en la que yo vivía estaba repleta de hojas secas. Grandes árboles se esparcían a su suerte por el terreno que aumentaban el escaparate fantasmal de aquella casa. La verja con la M y la S estaba pintada de negro brillante. Había un muro alrededor de la casa que tendría unos tres metros de alto de piedra blanca inmaculada. A los laterales de la verja y apoyados sobre el muro había dos cuerpos pequeños de demonios que se reían burlonamente de cuantos los miraban. Tenían manchas de pintura roja, por lo que supuse que en sus días de gloria habían sido completamente rojos y tal vez, con la punta de los cuernos y del rabo, negros. La casa tenía cuatro plantas. Se observaban siluetas moviéndose en el interior de la segunda y de la primera planta. A la izquierda había una gran puerta que seguramente sería la entrada a las cocheras. El tejado de la casa era espeluznante, negro, acabado en punta y con tres torres. Y la fachada entera estaba hecha de piedra gris oscura, me recordó al castillo en el que maléfica había hecho dormir cien años a Bella, de cabellos dorados, como decía el cuento.

—Aparta chaval —amenazó una voz tras de mí.

Un chico de unos veinte años, con el pelo negro, escasa barba mal afeitada, de ojos oscuros y malcarado, me empujó. A su lado había aparcado un carretillo con cajas de cartón cerradas, algunas chorreaban sangre. Sacó un manojito de llaves, atravesó la cerradura con una de ellas que para mi sorpresa giró como la seda. Dio un empujón y abrió la puerta derecha de la verja mientras me radiografiaba. Cogió el carretillo y entró. Di unos pasos tras él como quien no quiere la cosa pero no sirvió de nada.

—¿Adónde crees que entras enano de mierda? Mucho cuidadito con intentar jugármela que bastante me costó que me permitieran tener una

copia de la llave para no tener que andar a grito pelado cada vez que les traigo la mercancía, ni hacer la mitad del Camino de Santiago para llegar a la puerta del servicio. Será tacaño el viejo, que ni siquiera se ha puesto una campana en la puerta para poder llamar. Al menos dan propina, y buena.

Agarrándome del brazo me zarandé hasta la calle, volví a la casa y cerró la puerta con llave mientras me miraba con una sonrisa que seguramente había aguantado más veces en su carne que las que le había dado tiempo a dedicar a alguien.

—Eso no se hace, mi abuelo dice que está mal entrar en la casa de alguien sin llamar primero. —Dijo Adelaida.

—¿Por qué dices eso? ¿No dijiste que querías enseñarme algo hoy?

—Sí, pero aquí no.

El chico cogió el carretillo y se dirigió a la parte trasera de la casa. Decidí dar una vuelta alrededor de la casa. La parte delantera del muro estaba impoluta pero la trasera dejaba mucho que desear, caracoles y babosas trepaban entre el musgo que había crecido, aunque teniendo en cuenta la gran acequia que pasaba justo por detrás de la casa tampoco era de extrañar aquella fauna, que por mucho que se limpiara acabara siempre igual. Cuando había bordeado casi toda la parte trasera encontré lo que buscaba. Una pequeña verja de metal negro que hacía de puerta, la del servicio. Por su puesto también estaba cerrada. Regresé a la entrada principal y pude ver como el joven del carretillo se marchaba ya por Fernando el Católico. Miré la casa con desgana.

—Vamos.

—¿Adónde quieres ir ahora?

Comenzó a caminar sin mediar palabra y yo la seguí. El sol picaba en lo alto. Y el sudor poco tardó en aparecer. Después de llevar media hora caminando y con la camiseta empapada me puse frente a ella y la paré.

—O me dices dónde vamos, o me doy media vuelta.

—Voy a enseñarte una cosa.

—¿Qué?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

—No, dímelo, o me iré.

—Voy a enseñarte un secreto.

—¿Qué secreto?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Cómo vas a enseñarme algo que no sabes qué es?

—Si supiera lo que es no sería un secreto, pedazo de tonto.

Preferí no seguirle el juego. Continuamos caminado hasta llegar a un recinto cerrado con una enorme cruz sobre la verja de entrada.

—¿El cementerio?

—Sí.

—¿Qué misterio puede haber ahí dentro? —Pregunté.

—Sígueme.

Comenzamos a caminar entre las lápidas. Resultaba difícil no tropezar. La hierba mal cuidada se había apoderado del último lecho de los habitantes del lugar.

—Lo descubrí una vez que vine con mi abuelo a traer flores. Él se quedó frente a la tumba de mi abuela y le dejé solo para que hablase con ella tranquilamente. Nunca había reparado en esa parte del cementerio.

—¿En qué parte?

—En la de los mausoleos.

Vi lo que me parecieron casas pequeñas construidas en mármol y piedra. Adelaida se acercó a una y empujó la puerta sin éxito.

—Vaya, no había pensado en esto.

—¿Con qué?

—Con que la puerta estuviera cerrada. Pero, es normal. Soy un poco tonta a veces

—Mira, ya estamos de acuerdo en algo ¿Qué es normal?

—El único día de la semana que no viene es el domingo, debía haber pensado que la puerta estaría cerrada.

—¿Y si me explicas algo más?

—¿No has leído lo que pone sobre la puerta verdad? Pues mira que es grande...

Alcé la vista. Sobre la puerta estaba escrita la palabra Sanpedro grabada en el mármol. La miré y asintió.

—Aquel día, cuando descubrí esta parte del cementerio, me acerqué a curiosear. Fíjate, este es el único mausoleo que tiene puerta. Cuando vine vi al señor Sanpedro aquí dentro. Me pareció verle llorar.

—¿Y qué? No tiene nada de especial. Es normal que la gente lllore en un cementerio.

—Lo sé, pero pude ver las fechas que había escritas en la lápida que estaba mirando.

—¿Y vas a decírmela?

—La tumba era la de alguien de ocho años. No pude ver el nombre. Se giró y me fui corriendo. Desde ese día, cada vez que vengo al cementerio con mi abuelo me acerco. La mayoría de las veces lo encuentro aquí, a la misma hora, aunque no todas. Lo que sí es seguro es que los domingos es el único día que no viene. Por eso te he traído aquí hoy. Para no encontrárnoslo. Pero claro, la puerta está cerrada. Me gustaría saber quién está ahí enterrado. Por eso ayer, cuándo lo vi, quise seguirlo, para ver dónde vivía.

—¿Y qué has conseguido con saber dónde vive?

—Pues no lo sé, pero de algo servirá. ¿No me digas que no sientes curiosidad?

Sí era cierto que un cosquilleo se había apoderado de mi estómago. La tumba de alguien de ocho años, y que su visitante, tuviera una de las casas más extrañas de la ciudad había despertado mi curiosidad. Salimos de allí, con la cabeza en paralelo al suelo. Comencé a caminar en dirección a casa. El aire frío se había levantado de pronto y nubes negras levantaban cortinas de tierra y hojas secas que danzaban como amantes. El viento me empujaba calle abajo como si quisiera llevarme a algún sitio secreto. Con el primer trueno que me despertó de los misterios de la casa y del cementerio, apreté el paso todo lo que pude, y mientras corría calle abajo para no bañarme en la calle y pillar otra pulmonía que me hiciera estar en cama un mes, un escalofrío recorrió mi cuerpo. No me detuve, cogí a Adelaida de la mano y corrimos. Sonó un trueno ensordecedor. Llegamos al bar justo a tiempo. Unos de los rayos había alcanzado donde no debía y había conseguido esfumar toda la luz del edificio. La señora Susana y el señor Emilio se habían apresurado a sacar un arsenal de velas medio gastadas y extenderlas por el bar como

el manto de una virgen hasta que se aseguraron de que todos los clientes tuvieran luz de sobra como para ver el periódico del día y la carta. Mi padre estaba sentado en la barra frente a la radio de ultimísima generación que Emilio se había ocupado de comprar tan pronto como salió al mercado hacía cosa de un año tirando la vieja que había funcionado perfectamente desde el día que la compraron para darle más categoría al local como decía, lo que no supo cuando la compró, es que las cosas de ultimísima generación suelen fallar y la adquisición que le había costado lo que ganaba en un mes, se le había estropeado al menos tres veces desde que la compró y ahora seguramente estaría rezando para sus adentros para que el apagón no la hubiera estropeado otra vez. Por lo que yo puedo recordar, esa maravilla que le daba al bar un toque selecto le había costado al bueno de Emilio más dolores de estómago que el plato más pesado que su mujer le había podido obligar a comer durante los veinticinco años que llevaban de casados.

—Ya estaba preocupado—dijo mi padre—. Un poco más y hoy no necesitáis ducha y con la salud que Dios te ha dado, hijo, no estamos para bromas. ¿Dónde habéis estado? ¿Haciendo cosas de novios?

—Sí —dije, pues no tenía ganas de empezar a negar de nuevo siendo que era imposible hacerles cambiar de idea.

—Adelaida, tú abuelo ha llamado, esta noche vendrá a buscarte.

Sin saber porqué, aquella noticia me cayó como un jarro de agua fría. No quería que se fuese tan pronto. Teníamos cosas que descubrir.

—Oye papá, esa casa, la que está al final de Fernando el Católico...

—¿La que da miedo?

—Supongo, la que tiene una M y una S en la puerta.

—Sí, ¿qué ocurre con ella?

No sabía que excusa inventarme para que me contara lo mucho o poco que supiera de ella así que improvisé.

—Verás, estoy escribiendo un libro, bueno un cuento, de fantasmas...

—¡Vaya! Nos ha salido artista el crío. ¿Quién lo iba a decir? —dijo Emilio que ya había terminado de esparcir luz de cera por todo el establecimiento.

—No, ni mucho menos, solamente me gustaría escribir una historia de terror y esa casa me gusta para una historia de terror, ¿podéis con-

tarme algo de ella? Cuándo se construyó, quién es su dueño... Ese tipo de cosas... y... que significan esas letras, M y S.

—Vaya, pues sí que tienes interés en escribir una obra maestra, ¿eh? Creo que no podías haber escogido mejor casa para contar una historia de terror —dijo Emilio poniendo su cara y su tono de misterio.

—¿Por qué? —Pregunté sin saber si lo que tenía era curiosidad o miedo.

—Bueno, aquí el entendido en historias de las casas de la ciudad es Emilio, que tiene veinte años más que yo y eso es lo que me lleva de ventaja. Os dejo solos con vuestros misterios, pero no me asustes mucho a los chicos, que luego...

—Luego nada —corté ofendido.

Me besó en la frente y salió del bar, miré a Emilio que me sonreía como si me fuera a contar la historia mágica mayor de la tierra y el ambiente en el bar lleno de velas dibujando sombras en la pared que ahora parecía pintada de sangre era el ambiente perfecto.

—Mi padre me contaba de niño la historia sobre esa casa, que en un principio no fue exactamente como se ve ahora. Al principio era una casa enorme, sí, pero sólo tenía tres plantas y no tenía torres.

Apenas había comenzado su relato cuando mi padre apareció de nuevo en el bar, con la respiración acelerada, y sudoroso.

—Hijo.

—¿Qué pasa?

—Vamos a casa, hay una mala noticia.

Miré a Emilio sin saber que decir.

—Vamos, Miguel, tranquilo, cuando hayáis acabado en tu casa vuelves y te cuento a historia, ¿eh?

Asentí.

Me dejé resbalar por la banqueta y cogí la mano que mi padre me ofrecía mientras miraba a Emilio dándole a entender que luego le contaría lo ocurrido. Adelaida cogió la otra mano de mi padre.

SUBIMOS LAS RUIDOSAS ESCALERAS AGRIETADAS Y ENNEGRECIDAS EN SILENCIO Y PENITENCIA. A cada paso, aumentaba el tembleque de mis piernas. La escalera se me antojó tan larga como las de un castillo de mil plantas y mi destino era la última de todas, la más alta, la más pesada de llegar, y la más oscura, aguardando un secreto inconfesable. La puerta del piso estaba entre abierta y en el interior se podía escuchar la voz dura y fuerte de la señora Susana. Entre tras mi padre y cerré la puerta. Nos dirigimos al cuarto de estar y ahí encontramos a mi madre y a Susana abrazándola. La tormenta seguía fuera, amenazante, retumbando. Por fin mi madre me miró a los ojos, serena, cansada, ajada, como sus manos.

—Ha sido hace un rato.

—¿Qué pasa? —Pregunté.

—Tu abuela, ha muerto. Hace menos de una hora. El chófer de la casa en la que prestaba sus servicios y donde yo los presté ha traído una nota de la señora de la casa en la que explica que mi madre ha muerto esta tarde y que el entierro se celebraría al día siguiente en el cementerio de la ciudad, que ellos, se hacían cargo de todo por los años de leal servicio prestado con sumisión absoluta y sin haber escuchado nunca la más mínima queja brotar de sus labios o de la expresión de su cara.

Un detalle por su parte que mi madre agradeció ya que no tenía dinero y dudo mucho que ganas aunque llorara por su pérdida.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes hijo, además nunca la conociste. El entierro es mañana, a las cuatro de la tarde. Tengo que ir.

Suspiró.

—El chófer, todavía se acordaba de mí. Me ha dicho que ha muerto en su cama. Agarrada a su mano, mirando el cielo. Estaba asustada. Ha muerto con el primer trueno de la tormenta. Me ha dicho que su alma se ha estremecido con el sonido y se ha ido con él.

Se me cayó el corazón a los pies. Entré en mi cuarto y tumbado sobre la cama boca abajo me eché a llorar. A llorar de miedo. Pocos minutos después la tormenta dio paso a un caluroso día. Me restregué los

ojos y salí a la calle sin ningún rumbo. Caminé hasta llegar a la plaza de El Pilar y me refugié en su interior. Había gente sentada en los bancos escuchando el sermón. Esperé a que acabara y sin saber qué me impulsaba me arrodillé y le recé a la Virgen para que se llevara a mi abuela con ella. Una mano se posó en mi espalda. Adelaida estaba sentada a mi lado. Me miró con cariño. Me incorporé y me senté a su lado. Mientras contemplábamos el altar cogió mi mano con fuerza.

Mi madre había dicho que iría sola al entierro a pesar de la insistencia de mi padre en acompañarla. Y aunque nadie pensó en tenerme en cuenta para ello decidí por mi cuenta ir con mi madre, aunque ella no lo supiera pues si le decía que quería acompañarla recibiría la misma respuesta que mi padre, pero seguramente que a gritos. A las dos y media de la tarde aguardé en la esquina de la calle hasta ver a mi madre salir del portal. La seguí hasta la calle paralela donde esperó a que el tranvía llegase. Esperé a la cola y subí el último. Temí ser descubierto por mi madre pero afortunadamente debía de ser uno de los viajes más concurridos del día. Escondido entre la gente conseguí abrimme hueco hasta el final y me quedé allí de pie observando a mi madre sentada, vestida de luto, observando por la ventana. El viaje duró más de media hora y la última parada nos dejaba a escasos metros del cementerio. Mi madre bajó por la puerta delantera y yo por la de atrás. La seguí escondiéndome donde podía. Una fortaleza enorme se dejó ver ante mí y su boca engulló a mi madre. La imagen del cementerio me estremeció, más que le día anterior. Sus altos muros para evitar vándalos guardaban en sus entrañas a saber cuántas almas en espera del día del juicio final. En lo alto de la entrada una cruz recibía a sus visitantes y relieve de Jesucristo frente al que santiguarse antes de entrar a adorar a los que nos observaban desde el cielo, o desde el infierno. Al fin, entré. Distinguí la figura de mi madre dirigiéndose al fondo del cementerio. Ángeles me observaban desde lo alto. Vírgenes parecían llorar. Corrí intentando no ver más figuras. Cuando estuve relativamente cerca de mi madre me escondí tras una figura extraña. Era una virgen con lo que me pareció una rata a los pies, tallada en piedra negra. La vi acercarse a un grupo de gente a los pies de un montón de tierra húmeda. A su lado, un ataúd. Mi abuela estaba dentro. Se distinguían dos grupos

entre los asistentes. A la izquierda, los compañeros de mi abuela, los criados. Y a la derecha los que debían ser los señores de la casa por las galas que vestían. Cuando vieron llegar a mi madre los criados le ofrecieron un hueco entre ellos. Entre los otros, había una señora mayor sentada en una silla con un bastón en sus manos. A su lado, un hombre que debía tener diez años más que ella, que supuse era el marido y el patrón de la casa. Y tras ellos, dos caballeros y una señorita igual de bien vestidos que imaginé, eran sus hijos, tal vez uno de ellos fuera el que manoseaba a mi madre en sus años de servicio. El cura procedió con el sermón, hablando de lo buena mujer que había sido, lo que la iba a echar el mundo de menos y lo bien que la recibiría Dios en su cielo. Cuando hubo acabado, se marchó de allí a toda prisa mientras dejaba que el enterrador hiciera su parte del trabajo. La mujer sentada en la silla les dijo algo a los criados y partieron todos rumbo a la salida. Mi madre se acercó a ella y se arrodilló a su lado, le tomo la mano y se la besó mientras ella le acariciaba la cabeza. Unos minutos después, ayudada por todos los presentes la señora se levantó de la silla y se alejaron de allí. Mi madre había quedado sola frente a la suya. Me pareció oírla hablar. No creo que hubieran pasado ni cinco minutos cuando uno de los señoritos se dirigía hacia ella. Le tomó las manos. Estaba claro que se acordaban de ella en esa casa. Tras unos minutos caminaron juntos hasta la salida. Yo me quedé allí. Me incorporé y me dirigí a la tumba. El enterrador todavía no había acabado. Desde lo alto vi como la tierra cubría el ataúd.

—¿Qué pasa chaval? ¿Familia tuya?

—Mi abuela.

—Lo siento.

—Gracias —dije mientras observa palabras en latín grabadas en el mármol.

—Oye, te voy a dar un consejo —ofreció mientras clavaba la pala en la tierra y se apoyaba en ella. Aquel chico tendría apenas diecisiete años—. Trabajo aquí desde que enterraron a mis padres y al anterior enterrador le dio un ataque al corazón mientras los enterraba, he visto a mucha gente pasar por aquí a llorar a los muertos, y poco tiempo después los he enterrado a ellos, así que, sal de aquí ahora mismo, vive tu vida como te apetezca, sin pensar en los que ya no están, y regresa a este lugar sólo cuando te tengan que enterrar a ti.

Escuche sus palabras atento y asentí. Con zapatos de plomo fui alejándome de la tumba y del enterrador pensando en sus palabras. Observaba las lápidas que minaban el cementerio e intenté calibrar cuánta gente habría allí enterrada. Miles, seguramente, y cualquier nuevo inquilino era, simplemente, uno más. Repetí para mí las palabras de aquel chico. «Vive tu vida como te apetezca». Pues bien, eso era lo que iba a hacer. Y lo que me apetecía en ese momento era averiguar la verdad historia en la que me había embaucado Adelaida sin apenas haberme dado cuenta. Decidí hacer una nueva visita al mausoleo de los Sanpedro. Me acerqué. La puerta estaba cerrada. Escuché pasos acercándose a mí. Alcé la vista y pude ver como alguien se acercaba poco a poco hacia el lugar en el que me encontraba. Pensé que tal vez Sanpedro iba a ver la misteriosa tumba y así yo podría aprovechar y ver quién estaba ahí enterrado. Vi un hueco entre un mausoleo y otro, había un pequeño espacio poblado de hierbas, ahí podría esconderme. Podía esperar hasta que escuchara la puerta abrirse y como un ladrón, asomar la cabeza. Los pasos pararon. Escuché un silbido y poco después, vi acercarse al joven enterrador y pasar de largo. Asomé la cabeza entre las altas hierbas. Vi a un hombre, mayor que Sanpedro. Un sombrero cubría su cabeza. Llevaba un traje de color claro. El enterrador estaba frente a él.

—Necesito tus servicios esta noche. Aquí, en el mausoleo.

—Lo siento señor. El cementerio cierra a las ocho. No son mis normas, son las del ayuntamiento.

Vi como introducía una mano en su bolsillo y sacaba un fajo de billetes. En ese montón había más dinero del que yo había visto junto en toda mi vida. Se lo tendió.

—A la una. Deje la puerta abierta. Si hace su trabajo y mantiene la boca cerrada, tendrá otro tanto.

—Sí, señor.

—Recuerda, la puerta abierta. Usted estará esperándome tras ella. Cuando yo entre, cierre y venga conmigo. Necesitaré su ayuda.

—Queda claro.

El enterrador se encaminó hacia el final del cementerio y yo me escondí de nuevo hasta que escuché pasos alejándose. Después de una espera más o menos larga, salí de mi escondite y miré a mí alrededor. No había rastro de nadie. Me dirigí donde había tenido lugar la conversa-

ción. Era un gran mausoleo. Me adentré en él. Las paredes estaban repletas de tumbas. Todas tenían en común un apellido. Cristo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Algo me decía que me alejase del lugar.

Llegué a casa con un único pensamiento en la cabeza. ¿Qué iba a pasar aquella noche? Adelaida, me había metido de lleno en la historia de los Sanpedro, pero a mí, el misterio de los Cristo, se me antojaba más interesante. Cuando llegué al rellano, ya estaba decidido y nada podía hacerme cambiar de idea, esa noche, iría a descubrir el misterio. Le pedí a mi padre que me dijese donde vivían Crescencio y Adelaida, que quería hacerles una visita. Me apuntó la dirección en un papel y me dijo si quería que me acompañase. Por supuesto, me negué. Me dirigí veloz a la dirección indicada. Crescencio abrió.

—¿Miguel? Vaya sorpresa. Anda pasa.

La casa era algo más grande que la mía pero con la mitad de muebles. La cocina, donde encontré a Adelaida, apenas tenía un viejo y roñoso horno de leña y una mesa sin sillas que la acompañasen. En lo que supuse era la sala de estar, había un sofá raído y una estufa de leña. No había nada más. Saludé a Adelaida y nos sentamos en el sofá.

—¿A qué se debe esta visita? —Preguntó Crescencio.

—A nada en especial, me apetecía veros.

—Siento no poder ofrecerte nada para tomar Miguel.

—No se preocupe, no he venido para que me den de merendar.

Advertí que, aunque les gustó mi visita se avergonzaban de que yo fuera espectador de la pobreza en la que vivían. Si siquiera podían permitirse un invitado. Pasado un rato de conversaciones insulsas y vacías, Crescencio se ofreció a relatarnos una de sus historias, que yo nunca supe si eran ciertas, o si se las inventaba sobre la marcha. Sin darse cuenta, a mitad de la historia se quedó dormido. Adelaida me hizo un gesto para que no lo despertase y saliera de la habitación. Lo tapó con una manta y bajó la persiana. Nos refugiarnos en la cocina, sentados bajo la mesa.

—¿A qué has venido? —Preguntó antes de cerrar la puerta.

—¿No eres tú la chica a la que le encantan los misterios de cementerios? Pues te traigo una historia que no puedes dejar escapar.

Por una vez, quería sentir en mi piel que yo era el portador de una historia interesante. Una sonrisa fugaz atravesó su rostro. Le conté lo ocurrido.

—Pero hay un problema —Dije.

—¿Cuál?

—No podemos entrar en el cementerio. La puerta se cierra a las ocho, son las nueve, y no podemos colarnos con ellos...

—Idiota ¿Desde cuándo una puerta cerrada es un problema?

La miré sin comprender.

—Es un cementerio. Solamente está vigilado por el enterrador, y estará ocupado esperando a que llegue, vamos a llamarlo, el cliente. Además, he ido muchas veces de noche al cementerio.

—¿Para qué? —Pregunté torciendo la boca.

—No lo sé. Cuando voy con mi abuelo no nos entretenemos mucho. Creo que ninguno de los dos quiere ver al otro triste. Así puedo estar un rato con mis padres.

—Claro, porque ir en otro momento, de día, cuando Crescencio está en casa durmiendo, no es de tu estilo...

—Eso no tendría gracia —dijo con una sonrisa estampada en la cara.

—¿Cómo entras?

—Por la parte de atrás. La tapia apenas tiene medio metro de alto. Pasas la pierna y ya estás dentro.

—¿Cómo puede ser?

—¿Qué?

—Que sea tan fácil.

—¿Quién va a ir a un cementerio de noche? ¿Qué se puede robar en un lugar así?

Salí de mi casa cuando mis padres ya estaban dormidos. Había estado media tarde dándole vueltas al asunto que nos traíamos entre manos. A la luz de las tres de la tarde, no parecía más que un juego de niños estúpido y sin peligro ninguno, pero ahora, de noche, y en un lugar tan apartado, no me parecía tan buena idea. En realidad lo único que me interesaba de todo ello, era el hecho de contarle yo algo interesante a Adelaida, y como eso ya estaba hecho, no tenía ninguna gana de ir a nuestro encuentro. Pero estaba seguro de que si no acudía, ella sí lo haría y podía meterse en un lío, además, de quedar como un cobarde ante una niña. A medida que caminaba por las solitarias calles en mitad de la no-

che, el eco de mis pasos me hacía pararme cada pocos metros para comprobar que no me seguía nadie. A eso debía sumarle el ruido de las hojas cuando soplaba una brizna de viento, o cuando escuchaba el maullido agudo de un gato, que conseguía ponerme los pelos de punta. Apreté el paso todo lo que me fue posible sin llegar a correr y me pregunté por qué tenía que haberme metido en esto y cómo iba a ser capaz de entrar en el cementerio. Cuando llegué al lugar del encuentro, frente a la casa de Sanpedro, a las once y media Adelaida estaba sentada apoyada sobre el muro que rodeaba la casa. En cuanto me vio comenzó a hablarme sobre tonterías.

—¿Sabes? Le he dicho a mi abuelo que me gustaría tener un gato.

—Estupendo, cuando no haya nada que echarle a la cazuela...

—¡Ah! No, de eso nada.

—¿Cómo que no?

—Los gatos no se comen.

—Eso es lo que tú te crees.

Se quedó mirándome expectante, sin estar segura de lo que le decía.

—No pensarás que lo que nos dio de comer la señora Susana el otro día era...

—¡Ah! Qué asco, cállate, eso es mentira.

—¡Qué va a ser mentira! Crees que los corderos y los pollos se crían solos? Cuando no hay, pues no hay, así que hay que comer de lo que hay, y gatos, en los zarzales del Ebro detrás del Pilar, hay a patadas. Anda que no he visto a Emilio y a la señora Susana ir a cogerlos.

Me miró con cara de asco, pero pidiéndome que le contara más.

—Mira, se esconden, y cuando el gato no mira. Emilio se lanza sobre él, y cuando lo tiene bien sujeto, la señora Susana va con un palo y le arrea pero bien. De un golpe los mata y después, al fuego.

—Mentiroso —dijo sin creérselo.

—Ah, mira, el que avisa...

—El que avisa, ¿qué?

—No es traidor, tonta.

—¿Qué es traidor?

—¿Tampoco sabes lo que es eso?

—¡No! Y ahora no lo quiero saber.

No cesó de hablar sobre lo que podía esperarnos allí durante todo el camino y lo único que conseguía con su extraña imaginación de hombres lobo y niños deformes, era que me echase a correr de un momento a otro y estuviese de nuevo entre las sábanas de mi cama, dónde estaba seguro, no había monstruos. Llegamos al cementerio y lo bordeamos. Como Adelaida había dicho, la tapia era, apenas existente. La saltamos. Adelaida parecía tener demasiada prisa en ver lo que iba a ocurrir en ese lugar. Comenzó a adelantarse y me quedé rezagado. He de admitir, que asustado en ese momento, más que durante el camino. No entendía cómo a ella, siendo más pequeña que yo, estaba en un cementerio casi a las doce de la noche a sus anchas. Fue cuando me quedé sólo cuando me percaté de la oscuridad que había en el lugar. Apenas había algún farolillo encendido cada varios metros y no entendía por qué si se suponía que a esas horas el lugar estaba cerrado y eso mismo, le daba al lugar un aspecto más siniestro y fantasmagórico. Vi desde lo lejos cómo se adentró en el mausoleo y me apresuré. Sacó del bolsillo de su vestido una caja de cerillas y una vela usada.

—Has pensado en todo.

—La primera vez que vine, no me atreví a saltar la tapia. Desde entonces vengo con la vela y las cerillas.

Prendió la mecha de la vela. La paseó por las paredes leyendo los nombres en voz alta mientras yo me quedaba en la puerta asegurándome de que nadie se acercara.

—Fíjate —indicó.

Estaba agachada. Había una lápida apoyada en la pared.

ADRIANA CRISTO MONTENEGRO

1912 - 1930

—Esto no estaba aquí esta tarde.

—Será cosa del enterrador, Miguel. Idiota.

Me asomé de nuevo. Vi una tenue y diminuta luz que se movía en la oscuridad lejana. Me acerqué a Adelaida, soplé la vela y nos escondimos en el mismo lugar que yo lo había hecho aquella misma tarde. Cuando se acercaron lo suficiente, vi que el enterrador, en primer lugar, y otro al

que no había visto nunca, transportaban un ataúd blanco con asas doradas, mientras que el hombre que había maquinado todo aquello, iba tras ellos, vigilando. Un farolillo descansaba sobre él. Entraron en el mausoleo. Se escucharon ruidos y golpes durante un rato. Adelaida no hacía más que moverse. Quería asomar la cabeza por la entrada y ver qué estaba ocurriendo. La agarré por detrás y le tapé la boca con la mano.

—Ni una sola palabra a nadie.

—Me ha quedado claro esta tarde. No se preocupe.

—Eso espero. Si me entero de que abris la boca una de los dos, serás el siguiente en descansar en un agujero.

—¿Dónde está lo que me prometió?

Silencio.

—Gracias.

Cuando escuchamos las pisadas salir del mausoleo, nos hundimos todavía más en nuestro escondite. Los oímos alejarse poco a poco. Al cabo de un rato, salimos de nuestro escondite. Después de asegurarme de que estábamos solos le dije a Adelaida que podíamos salir. Entramos en el mausoleo y encendimos la vela de nuevo. Había un nicho más ocupado y la lápida que reposaba en el suelo sellaba la tumba.

—¿Por qué la habrán enterrado así? —Preguntó.

—No lo sé. Pero este asunto me está empezando a dar miedo.

—Cuando muere algún ricachón de la ciudad es noticia y se enteran hasta las palomas. ¿Por qué tanto secreto?

—Adelaida, por favor, vámonos.

La acompañé a su casa.

—Me interesa más esta historia que la del señor Sanpedro —sentenció.

Una náusea había comenzado a trepar de mi estómago. No deberíamos haber ido.

—Olvídate de esta historia, no es asunto nuestro.

—No quiero olvidarme.

—Pues vas a hacerlo, y yo, también.

La dejé en la puerta y me fui a casa. Queriendo olvidar todo el asunto y meterme en la cama para dormir durante un par de años seguidos a ser posible. No ocurrió.